



La caída.

Gerard Philippe Morán

La brisa de la noche corría indiferente por entre las luces de la ciudad.

Puntos multicolores nacían y morían a cada instante, sin saber de su efímera existencia.

Papeles, cientos de papeles se dispersaron por los aires. Esa pálida melancolía, aquel confortable adormecimiento que teñía de azul sus venas.

- Corran, corran hijas mías. Vallan en su búsqueda, cúbranla de tibieza.

Luego de arrojarlos, con los brazos extendidos se dejó caer.

- Pobre corazón, deja de soportar tu carga. Quedas libre de mí.

El viento trató de convencerlo. Habían sido amigos tanto tiempo. Cómo amaba aquellos versos que recitaba en la montaña. Su voz, que calmaba la ira de sus tempestades.

- Canta, recita para estos oídos que te quieren bien - Le pidió el viento.

- Dulce compañero, me apena dejarte. Pronto seremos hermanos. He oído que algunas almas pueden diluirse en tu inmensidad, y volar junto a ti por el mundo.

- Escucha a tu razón, - contestó la brisa - hazle caso a tu conciencia.

***Perdido en la razón,
Ocupado tratando de descifrar
El secreto del universo;
Mientras tu corazón languidecía.***

*Recorrí las estrellas, por algo
que no estaba a mi lado.*

*Te empapaste de tristeza,
Y no sequé tu cuerpo
Con mis lágrimas.*

*Te quemaste de soledad,
Y no apagué las llamas
Con el fuego de mi sexo.*

*Me dormí en tu aroma,
Y se fue, se fue con el viento.*

La noche se enseñoreaba del lugar. La oscuridad oprimía su corazón, por más que las luces la herían.

- ¿Dónde estarás?, ¿Acaso tu amor por él, nubló tu pensamiento? Se zafó del silencio, y dijo:

- ¿Por qué tus caricias ya no me tocan? ¡Te dediqué mi corta vida! No te pido nada, nada te pido. Pero, ¿Por qué me acompaña esta angustia?

El precipicio se hacía interminable. El tiempo estiró sus segundos, y disminuyó su paso, queriendo evitar lo inevitable.

- ¡Aquí los tengo, amigo mío; aquí los tengo!

El viento le acercó los papeles. Historias, poemas, dibujos.

- Tus canciones, tengo todas tus canciones. La brisa hizo sonar los ecos de aquellas viejas canciones, olvidadas canciones.

- ¿No ves que ya es tarde?, - le respondió - deja eso ya. ¡No me atormentes más!

El viento escapó con horror. Se produjo un vacío, y su caída se aceleró.

Más allá, en la bahía, el mar observaba impotente, cómo su amigo caía sin remedio. Rugió, y clamó a las alturas por él; pero estaba muy lejos.

- Ya no azotes tus olas contra el roquerío. Me duele el dejaros. Por favor olvidenme, como ella me olvidó.

Con paso lento y cansino, la muerte se acercaba al punto de reunión.

- Qué extraño chiquillo. De verdad que no lo entiendo. Siempre creó vida, esperanzas, sueños; y ahora se arroja a mis brazos.

Sus cabellos negros producían un sonido sordo mientras caía. Sus largos bigotes se estremecían entre las gotas de aroma que lo rozaban.

El fin estaba próximo. La muerte tendió su toga para recibir a su nuevo huésped.

Cerrando los ojos se despidió del mundo. Dulce mundo, amargo mundo; ya no probaría sus sabores.

La tierra, que sudaba por sus venas, se hundió bajo sus pies. Se hundió junto con la muerte.

- ¡Toma mi mano, tómala! - Gritó el viento.

El hundió sus garras en la brisa y enrolló su cola en el viento.

- Acompáñame, pequeño tonto. No dejaré que el dolor sea tu consejero. Ya no maullarás solitario, a las estrellas. Vamos, volemós en busca de tu ama.

Fin.